

En definitiva, el lector podrá encontrar una monografía seria, profunda y sugerente sobre un punto central de la reflexión metafísica que se vuelve hacia su propio objeto para justificar metodológicamente su valor y alcance. Especialmente dirigido a profesores y especialistas en Metafísica, Teoría del conocimiento e Historia de la Filosofía, aunque por su claridad expositiva y hondura doctrinal es recomendable también para alumnos con interés en estas materias.

J. A. García-Cuadrado

Anthony GITTINS, *Gifts and Strangers*, Paulist Press, Mahwah 1989, VI + 144 pp. 15 x 23.

Anthony J. Gittins, C. S. Sp., es doctor en antropología social y profesor agregado de teología misional en la Catholic Theological Union en Chicago. En el presente libro busca aplicar sus conocimientos al campo de la misionología, para ofrecer un contexto intelectual y algunas sugerencias prácticas que permitirán llevar a cabo una tarea misional que —aparte de eficaz— respete siempre las culturas y las personas. Como indica el título de la obra, básicamente trata de comparar la obra evangelizadora con un «intercambio de regalos» (el Evangelio es regalo), y al misionero con un «forastero». Estas categorías, comunes a toda cultura, tienen sus propias reglas de funcionamiento, según el autor, y conviene conocerlas para poder emprender una evangelización eficaz.

El primer capítulo largo describe el proceso de asimilación por parte del individuo de elementos de su mundo cultural inmediato, para ayudar a valorar mejor el problema de implantar un mensaje —como el Evangelio— que puede tener profundas repercusiones en la cultura donde se implanta. Otro capítulo

recuerda la naturaleza particularísima del lenguaje de cada cultura: esta peculiaridad fluye de y a la vez influye en la cosmovisión peculiar de la gente. El autor subraya la importancia de la palabra oral y particularmente el empleo de paradigmas como es la parábola. En el capítulo sobre «regalos», el autor recuerda que la tarea evangelizadora, en cuanto oferta, produce una relación de reciprocidad; es decir, los receptores del mensaje evangélico han de ser vistos como seres a su vez capaces y deseosos de «enriquecer» al misionero. Por tanto, éste no puede adoptar una actitud de simple supremacía frente a los individuos que enseña. El siguiente capítulo intenta una presentación antropológico-sociológica del misionero como forastero, apuntando ciertas reglas que hay entre nativos y forasteros.

El libro es un ejemplo de cómo las ciencias humanas pueden jugar un papel auxiliar en la misión de la Iglesia. Como cualquier obra de este índole, algunas de sus propuestas tienen signo de provisionalidad. Las ideas expuestas, sin embargo, pueden ser tenidas en cuenta a la hora de pensarse la actividad misional, sabiendo a la vez que la clave primordial para la eficacia consiste siempre en los medios sobrenaturales: la oración, la gracia, la fe, la prudencia, la humildad.

J. Alviar

Joseph DORÉ-Christoph THEOBALD (dir.), *Penser la foi. Recherches en théologie aujourd'hui. Mélanges offerts à Joseph Moingt*, Éditions du Cerf-Assas Éditions, Paris 1993, 1096 pp., 14, 5 x 23, 5.

Con ocasión del 65º aniversario del teólogo jesuita J. Moingt, director de la famosa revista «Recherches de Science Religieuse», se ha preparado este conjunto de colaboraciones promovidas al alimón por el Instituto Católico de París y

la Facultad de Teología que regenta la Compañía de Jesús en el Centre Sèvres.

Los editores han agrupado los 78 trabajos presentados según el orden habitual en que se disponen los Boletines en la revista dirigida por Moingt. Así la primera Parte se concentra en estudios bíblicos; la segunda tiene por título «Religiones y modernidad»; la tercera se dedica a la historia de la teología, tanto antigua y medieval, como moderna y contemporánea; por fin, la cuarta se ocupa de la teología sistemática, especialmente de eclesiología, teología práctica, teología fundamental y dogmática.

Entre todos estos estudios cabe destacar los de algunos autores: R. Marlé escribe sobre el impacto de Jesús resucitado en la hermenéutica; Cl. Geffré trata de situar la singularidad del cristianismo desde la óptica del pluralismo religioso que caracteriza a la cultura contemporánea; B. Sesboué analiza los prólogos de los cuatro libros «Adversus haereses» de Ireneo de Lyon; Jean-Louis Leuba analiza la eclesiología de K. Barth; Gerald O'Collins estudia cuál es el concepto de teología propuesto por el Vaticano II; Gislain Lafont propone como modelo eclesiológico el de *comunidad estructurada*; Jean-Marie Aubert se pregunta por el futuro de la teología moral; René Virgoulay se interesa por la capacidad humana de hablar de Dios como un don de Dios mismo; Joseph Doré cierra este volumen de *Mélanges* con una reflexión sobre la necesidad de la teología.

Como es habitual en este tipo de obras, se incluye además una bibliografía de J. Moingt.

A continuación nos dedicaremos a evaluar algunas contribuciones relacionadas con temas de teología fundamental. Las consideraciones de Henri Bourgeois sobre lo sagrado tienen el mérito de extenderse hasta la cultura postmoderna; su diagnóstico sociocultural es agudo: se

percibe un nuevo afloramiento de la necesidad de lo sagrado, si bien ello deriva en la sacralización de fiestas deportivas y paradójicamente en una ceguera para el sentido sagrado de la vida que nace del comportamiento sexual. Ahora bien las propuestas que Bourgeois incoa acerca del uso teológico que en el futuro ha de hacerse de lo sagrado son muy apresuradas.

El análisis de Jacques Rollet sobre el binomio *religión/fe* es en parte convencional, pues las objeciones de un Barth al concepto de *religión* son harto conocidas. La subordinación de la religión en cuanto virtud a la fe y a la caridad, propuesta finalmente, es atinada. Pero Rollet no distingue entre religiosidad (subjetiva) y religión (ritos, etc., que son objetivos), ni estudia la relación intrínseca que une fe cristiana-religiosidad-religión cristiana (en cuanto práctica de la fe). De ahí que incurra reiteradamente en comentarios frívolos acerca del papel de la jerarquía eclesial, los sacramentos o la moral sexual.

Claude Geffré constituye el pluralismo religioso en un principio teológico, en lugar de situarlo como un accidente cultural. De ahí que el concepto de *igualdad* que propone luego como característica esencial del diálogo interreligioso sea ambiguo. Un salto análogo del plano sociológico al ontológico se opera cuando describe la *no catolicidad* de la Iglesia. La universalidad del mensaje cristiano estaría tan sólo en su característica *alteridad*, es decir, en la actitud nacida de la caridad de preocuparse por los demás y de actuar así como factor activo en la historia humana, olvidándose de su propia estructura para entrar en un diálogo con los hombres que acabará por influir en ellos. En este modelo ideal de Iglesia Geffré hace abstracción arbitrariamente de muchos elementos que no pueden ser obviados; tampoco valora suficientemente la necesidad de una absoluta y sincera

autenticidad, que es la base del diálogo ecuménico e interreligioso.

J. M. Otero

Julien RIES (ed.), *Expérience religieuse et expérience esthétique. Rituel, Art et Sacré dans les Religions. Actes du Colloque de Liège et de Louvain-la-Neuve (21-22 Mars 1990)*, Centre d'Histoire des Religions, (Col. «Homo Religiosus» n° 16), Louvain-la-Neuve 1993, 401 pp., 16 x 24.

Una línea de la actual investigación en estudios religiosos consiste en estudiar la honda vinculación que se da entre religiosidad y estética. Este tópico había sido advertido ya por Kant en la «Crítica del juicio», al describir como *juicios teleológicos* tanto las proposiciones acerca de la belleza como las que versan acerca de la divinidad. La obra que examinamos enfoca el problema del peso que tiene la experiencia estética en la vida religiosa.

Como es usual en la publicación de Actas de Simposia, la estructura sistemática es reducida: una gran pluralidad de temas tratados que se agrupan alrededor de unos pocos focos de referencia. En este caso, tales focos son cuatro: el arte sacro en general como lugar de encuentro de religión y estética; la función de lo bello en los ritos sagrados; el valor religioso de la música; y, en fin, el valor místico de los iconos.

Algunos de los participantes estudian el tema en las religiones no cristianas: la religiosidad primitiva (Ries), el budismo (Delahoutre), la religión sumeria (Limet), la religión grecorromana (Pirenne-Delforgue, Somville, Jouan, Y. Lehmann, Ternes), el hinduismo (Varenne), las religiones africanas (Faïk-Nzuji y Mbembe).

Otros se centran en algunos periodos de la historia cristiana: las primeras comunidades cristianas (Haquin); Bizancio

(Jacqueline Lafontaine-Dosogne); el Medioevo (Boespflug); la Ortodoxia oriental (O. Clément, Andronikof), el Renacimiento (Bragard); la Reforma (Schümmer).

Por fin, algunos abordan estudios de carácter más general: Gilbert Durand diserta sobre el fundamento que liga a la religión con las bellas artes; Paul Tombeur escribe sobre música y vida espiritual en la tradición occidental; y el editor de la obra, Julien Ries, trata de sintetizar algunas de las ideas expuestas en el Coloquio acerca del símbolo, como concepto capital para entender las relaciones entre lo sagrado y lo estético.

De todas estas aportaciones, las más interesantes son —a nuestro juicio— la de Ries sobre la religiosidad del hombre primitivo, la de François Boespflug acerca de las representaciones medievales de la Trinidad y su raíz bíblica, la de André Haquin que descubre las peculiaridades de los primitivos enterramientos cristianos, la de Paul Tombeur sobre la influencia espiritual de la música y la de Olivier Clément acerca del sentido de los iconos.

En cualquier caso estos estudios monográficos, por valiosos que sean, resultan desproporcionados con la magnitud del tema propuesto como título del Coloquio. Los delicados vínculos que unen religión y arte quedan aún en penumbras. Un caso especialmente misterioso es el de la música sacra y, en general, el de cualquier música que aspire seriamente a elevar el espíritu humano. Los Padres —como recuerda Tombeur— y los Reformadores protestantes (aunque no sin reservas, como indica Schümmer) han puesto de relieve el positivo influjo que la música puede ejercer para preparar el alma a la acción interior de la gracia divina. La experiencia histórica de la Iglesia al respecto es muy amplia. Pero, ¿cómo precisar cuál puede ser dicho influjo, cuando la naturaleza de la música y su